

el amor a la iglesia: exigencias y desviaciones

Con frecuencia se nos dice que tenemos que amar a la Iglesia. Y con frecuencia se dice también que ese amor se debe expresar en la obediencia y el respeto a la Iglesia concreta y real que hoy tenemos y tal como existe. Por otra parte, cuando se hacen afirmaciones de este tipo, se suele apuntar con el dedo a los que, por la razón que sea, se muestran en desacuerdo con la actual organización eclesiástica y sus representantes o dirigentes más cualificados. Lo cual parece indicar que el amor a la Iglesia es, en la situación actual, un argumento que se utiliza para frenar la contestación, que en los últimos tiempos ha proliferado en el interior de la misma Iglesia. Ahora bien, ¿se puede decir, sin más, que el amor a la Iglesia existe químicamente puro en quienes se identifican incondicionalmente con los dirigentes eclesiásticos y con la actual organización eclesial, tal como de hecho funciona? Y por lo tanto, ¿se puede afirmar también que quienes no piensan de esa manera carecen de amor a ella, o por lo menos se puede asegurar que su amor es ese sentido es defectuoso y pobre?

Un asunto nada claro

Ante todo, una advertencia elemental: cuando un hombre quiere ser un creyente sincero, sabe perfectamente que para ser fiel a Jesucristo tiene que ser fiel también a la Iglesia. Es decir, el amor y la fidelidad a Jesús y su Evangelio pasan necesariamente por el amor y la fidelidad a la Iglesia. Por una razón muy sencilla: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo¹, es decir ella es la prolongación y la presencia del Mesías en el mundo, en la historia y en la sociedad. Por lo tanto, para un creyente resulta sencillamente imposible amar a Cristo si no ama al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

(1) Ef 1, 23; 5, 23; Col 1, 18-24; cf. Rom 7, 4; 12, 4-5; 1 Cor 10, 16-17; 11, 24-29; 12, 12-27; Ef 2, 16; 3, 6; 4, 4. 12-16; 5, 30; Fil 3, 21; Col 2, 9. 17-19; 3, 15. para la significación fundamental de la metáfora del *cuerpo* en la literatura antigua y en el primitivo cristianismo, cf. G. HASENHÜTTL, *Charisma Ordnungsprinzip der Kirche*, Freiburg 1969, 93-101.

Por otra parte, aquí es también importante recordar que Iglesia no hay más que una, la que de hecho existe, no la que cada cual se puede imaginar o la que cualquiera fabrica en sus pensamientos y en sus deseos. Por consiguiente, quede bien claro, de una vez por todas, que la fidelidad a Jesús y al Evangelio pasa necesariamente por la fidelidad a esta Iglesia concreta y determinada, la que hoy tenemos y en la que vivimos los que nos llamamos cristianos.

Pero con decir estas cosas no tocamos la verdadera cuestión que aquí se plantea. Porque todo depende de lo que cada uno entienda por *Iglesia*. Y, sobre todo, lo más importante está en saber lo que cada cual expresa cuando dice que tiene que *amar* a la Iglesia. Porque, en realidad, ¿qué es eso? ¿a qué se refiere ese amor? Hace más de veinticinco años, uno de los teólogos más eminentes de nuestro siglo y también de los más fieles a la Iglesia, H. De Lubac, escribía lo siguiente: «Siempre habrá hombres que indentificarán tan perfectamente su propia causa con la de la Iglesia, que querrán reducir de buena fe la causa de la Iglesia a la suya propia. No se imaginan que tendrían que mortificar en ellos muchas cosas, para ser servidores verdaderamente fieles de la Iglesia. Queriendo servir a la Iglesia, lo que hacen es ponerla a su servicio... La Iglesia es para ellos, de hecho, un determinado orden de cosas, que les es familiar y del que ellos viven. Se trata de un determinado estado de civilización, un determinado número de principios, un determinado orden de valores que su propia influencia ha cristianizado más o menos, pero que en realidad siguen siendo, en gran parte, cosas humanas. Todo lo que turba este orden o compromete este equilibrio, todo lo que les inquieta o simplemente les resulta extraño, les parece un atentado contra la institución divina»².

Estas palabras de De Lubac nos vienen a decir, entre otras cosas, que el amor a la Iglesia es un asunto que, con frecuencia, no resulta nada claro. Porque de sobra sabemos que, a lo largo de la historia, ha habido hombres y mujeres eminentes, que la han amado sinceramente y que, precisamente por eso, porque la han querido tanto, han adoptado posturas más o menos críticas frente a la institución eclesiástica. Porque amar no es callarse ante los fallos y deficiencias del ser querido. El amor exige muchas veces corregir al que se ama. Por eso, el mismo De Lubac recuerda acertadamente la larga lista de autores cristianos que han censurado, a veces duramente, las cosas que en la Iglesia han funcionado de mala manera. Por ejemplo, san Jerónimo cuando escribía al papa san Dámaso³, la diatribas de san Bernardo contra los malos obispos⁴ o su

(2) H. DE LUBAC, *Méditation sur l'Eglise*, Paris 1954 (3.^a ed.), 241.

(3) Se trata de las afirmaciones durísimas que hace Jerónimo sobre la triste situación de la Iglesia en Oriente: allí «las zorras exterminan la viña del Señor». Se refiere a los dirigentes de la Iglesia.

Por eso, afirma que tiene que recurrir a la Iglesia de Roma. *Epist.* XV, 1. PL 22, 355.

(4) *In Cantica*, sarmo 77, 1-2. PL 183, 1155-1156.

tremenda crítica a la curia romana del papa Eugenio III⁵, las imprecaciones de santa Catalinã de Siena cuando llamaba a algunos dignatarios eclesiásticos «no hombres, sino más bien demonios visibles»⁶; y en el mismo sentido se pueden citar a santa Brígida, Gerson, san Bernardino de Siena, santo Tomás Moro, etc.⁷. Por otra parte, como es bien sabido, entre los Padres de la Iglesia se repite insistentemente el tema de ésta como la *Casta Meretrix*, la Iglesia santa y fiel, pero al mismo tiempo la «gran prostituta», manchada siempre por el pecado y la maldad: Orígenes, san Agustín, san Hipólito, san Ambrosio, san Hilario y tantos otros, que son testigos cualificados y eminentes de una tradición de pensamiento netamente cristiano dentro de la más ortodoxa fidelidad a la Iglesia⁸.

Por lo demás, es claro que si los autores mencionados dijeron cosas que hoy resultan bastante desagradables para la sensibilidad de ciertas personas, no hicieron eso porque despreciaban a la Iglesia, sino precisamente porque la querían con toda su alma. Y es que, como ya se ha dicho, amar no es callarse ante las limitaciones y defectos del ser querido. Todo lo contrario, el amor puede llevar en algunos casos incluso al enfrentamiento. Y la prueba está en el hecho de que Jesús, justamente porque amaba a su pueblo y a los dirigentes religiosos de su pueblo, por eso adoptó una postura crítica ante ellos, hasta llegar al enfrentamiento más fuerte con la institución religiosa de su tiempo, una institución que estaba profundamente persuadida de poseer la verdad de Dios y de vivir en la obediencia a ese mismo Dios.

(5) Como es sabido, se trata de la durísima denuncia que hace Bernardo en el tratado *De Consideratione*. Denuncia, primero, contra la persona misma del papa, que lamentablemente pierde el tiempo en ocupaciones inútiles. *S. Bernardi Opera*, vol. III. *Tractatus et Opuscula*, Roma 1963, 1. II, 6, págs. 396-397. Pero más en el fondo le echa en cara al papa si es que piensa que su potestad es la única que existe en la Iglesia: *erras si, ut summam, ita et solam institutam a Deo vestram apostolicam potestatem existimas*. O. C., 1. III, 17, pág. 444. Pero la denuncia más fuerte es contra la Curia Romana, en la que censura la ambición de las dignidades: *Honori totum datur, sanctitati nihil aut parum*. O. C., 1. IV, 5, pág. 452. En esas cosas, dice Bernardo al papa, no has sucedido a Pedro, sino a Constantino: *in his successisti, non Petro, sed Constantino*. O. C., 1. IV, 6, pág. 453. Sobre este asunto, debe consultarse el estudio de G. TEVAR, *Aspectos de la crítica a la Iglesia en «De consideratione» de Bernardo de Claraval (1090/1-1153)*: *Estudios Eclesiásticos* 50 (1975) 269-286, con bibliografía selecta sobre el tema.

(6) *Let.* 315, citado por H. DE LUBAC, o. c., 274, nota 18.

(7) Cf. H. DE LUBAC, o. c., 274.

(8) El tema aparece en Orígenes, *In Cant.*, 2. GCS 8, 119. Más claramente en San Agustín quien afirma expresamente que Cristo, el Esposo, «encontró una prostituta e hizo de ella una virgen; ella no negará que era prostituta, para no violar la misericordia del Liberador». *Sermo 113*, 7. PL 38, 1063-1064. Las mismas ideas aparecen en san Ambrosio, *De Virginitate*, 10, 48. PL 16, 278 D. También en san Hilario, *Liber Myst. De Adam*. CSEL 65, 5-6. Para este tema debe consultarse el amplio estudio de H. U. VON BALTHASAR, *Casta Meretrix*, en *Ensayos Teológicos*, II, *Sponsa Verbi*, Madrid 1964, 300-325.

He ahí por qué he dicho antes que, al hablar del amor a la Iglesia, estamos tocando un asunto nada claro. Por eso, para intentar hacer alguna luz sobre este asunto, voy a enunciar en forma de tesis algunos principios que, en cualquier caso, habrá que tener en cuenta cuando se pretende hablar juiciosamente sobre el amor a la iglesia.

Tesis 1.^a

Amar a la Iglesia no es identificarse totalmente con ella. Esta tesis parte de un principio elemental: la Iglesia es la comunidad universal de los creyentes en Jesucristo, que no han roto, por la herejía o el cisma, su comunión con esa gran comunidad de personas. Ahora bien, en las actuales circunstancias, resulta sencillamente imposible identificarse a la vez con la totalidad de esa comunidad. Es posible que, hasta hace algunos años, a un creyente le resultaba relativamente fácil tener la impresión de que él se identificaba con la totalidad de la Iglesia. Y digo que hasta hace algunos años eso resultaba relativamente fácil, porque ésta ofrecía la impresión de ser un bloque uniforme y compacto, una especie de monolito, en la manera de pensar en la casi totalidad de sus miembros, y en la práctica de la vida, en la moral que se predicaba, en la ascética que se aconsejaba, en las celebraciones litúrgicas, etc. Pero resulta que hoy el bloque uniforme se ha roto y el monolito ya no existe. Por eso hay cristianos (y católicos) de derechas y de izquierdas, los hay conservadores y progresistas, los hay de todos los colores y de todas las tendencias. Y lo que ocurre entre los fieles, ocurre también entre los sacerdotes, los religiosos, los obispos y seguramente también entre los cardenales. Por lo menos, es seguro que dentro de la Jerarquía eclesiástica existen tendencias muy diversas y en algunas cosas quizás contrapuestas.

Todo esto ocurre así porque nuestra sociedad es pluralista. Y ese pluralismo se ha hecho presente también en ella. Ahora bien, cuando una institución es pluralista, nadie se puede identificar totalmente con ella. Porque si se pone de parte de los que piensan y actúan de una manera, ya no puede estar con los que piensan y se comportan de manera diferente. Por ejemplo, todo el mundo sabe que en la Iglesia hay actualmente muchos obispos que son conservadores, pero también es cierto que hay algunos que son progresistas. Esta diversidad es mayor cuando se trata de los sacerdotes. Y mayor aún cuando se trata de los simples fieles. De donde resulta la imposibilidad práctica de identificación total.

Por otra parte, en este asunto no vale decir que uno se identifica totalmente con la Iglesia porque se identifica con la Jerarquía. Primero, porque la Jerarquía no es *la* Iglesia, sino *una* parte de ella. Segundo, porque también entre los obispos existe un considerable pluralismo, como ya se ha dicho. Y tampoco

vale decir que uno se identifica totalmente con ella porque se identifica con su obispo, porque el obispo de cada uno tampoco es la totalidad de la comunidad eclesial. Y lo mismo hay que decir cuando se trata del papa, ya que de sobra sabemos que el papa no es la Iglesia.

Por consiguiente, cuando hablamos así, debemos tener muy presente que ese amor no se puede realizar por el procedimiento de la identificación total con el hecho global de lo que es la Iglesia en la actualidad. Lo cual quiere decir que el creyente no tiene hoy más remedio que identificarse parcialmente con ella. Y eso significa, en la práctica, que el creyente estará de acuerdo con algunas de las cosas que hay, pero no estará de acuerdo con otras. Por supuesto, el verdadero creyente aceptará siempre las verdades reveladas y en eso coincidirá con todos los demás creyentes. Pero todos sabemos que, al menos en algunas de esas verdades, los entendidos en la materia (obispos y teólogos) tienen diversos puntos de vista o quizás lenguajes diferentes. Y luego está el problema de la praxis, que en la Iglesia actual se concreta en formas y compromisos muy diversos. Lo que viene a indicar que, en nuestros días, ese amor sólo es posible desde la identificación parcial con ella.

Tesis 2.^a

El amor a la Iglesia no puede consistir en pretender ingenuamente identificarla con la verdad y el bien, sin más. Esta tesis se basa en dos hechos: 1) Ella no es la verdad revelada por Dios, sino la comunidad de personas que creen en esa verdad y procuran vivirla; 2) Es una comunidad santa y pecadora al mismo tiempo⁹. Lo que significa, entre otras cosas, que ese amor no puede consistir en la pretensión de expulsar a los pecadores de ella. Ni ese amor se puede cimentar sobre la ignorancia de los fallos y limitaciones humanas que ha habido y sigue habiendo en la Iglesia a todos los niveles.

De lo que acabo de indicar se sigue una consecuencia: la Iglesia no se identifica, ni se puede identificar, con el Evangelio, es decir con el Mensaje de Jesús y con las exigencias de ese Mensaje. Por lo tanto, el amor a la Iglesia tiene que aceptar e integrar la distancia que siempre existirá entre ella y el Evangelio. Eso no quiere decir que el creyente debe optar o por ella o por el Evangelio, sino que debe realizar su amor a ésta siendo fiel al Evangelio. De donde resulta que el creyente debe amarla siempre limitada y pecadora, precisamente criticándola desde el Evangelio. Un amor que renuncia a esta postura ya no es amor, sino tolerancia indebida, complicidad y connivencia con el error y con el mal que muchas veces se hace presente en la Iglesia.

(9) Para un análisis resumido, con información bibliográfica, sobre el sentido que debe darse a la idea de la santidad de la Iglesia, cf. J. M. CASTILLO, *La Alternativa Cristiana*, Salamanca 1968, 131-144.

Por otra parte, conviene tener presente que cuando se habla del amor que los creyentes debemos tenerla, ese problema no se resuelve por el procedimiento de distinguir entre la Iglesia *en cuanto institución divina*, por una parte, y *en cuanto pueblo o comunidad humana*, por otra. Este procedimiento ha sido utilizado por los teólogos para decir que la Iglesia, en cuanto institución divina, es impecable e infalible, mientras que en cuanto pueblo o comunidad humana, es limitada y pecadora. De lo cual se venía a concluir que, en cuanto institución divina, es perfecta e irreformable, de tal manera que sólo en cuanto pueblo o comunidad humana necesita y necesitará siempre ser criticada desde el mensaje de Jesús¹⁰. Ahora bien, todo este planteamiento está muy bien si nos situamos en el plano de las especulaciones abstractas y teóricas. Pero en el plano de lo concreto y real de la vida, todo ese procedimiento no sirve para nada. Porque, como muy bien ha dicho el Concilio Vaticano II, «la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no han de considerarse como dos cosas, sino que constituyen una sola realidad compleja»¹¹. Lo cual, por lo demás, es obvio. Porque la institución divina no es como un planeta o una estrella, que existe lo mismo si hay hombres, que la conocen y viven en ella, o si nadie sabe que existe. Eso que los teólogos llaman «la institución divina» es (valga la expresión) una decisión de Dios *para* los hombres. Lo cual quiere decir que, en la realidad de la vida (no ya al nivel de las especulaciones y las abstracciones), la institución divina existe y actúa porque hay hombres de carne y hueso que creen en esa institución y viven de ella y por ella. El día que se acaben los hombre, se acaba la Iglesia, tal como Dios ha querido que exista en este mundo. En otras palabras, esto quiere decir que la institución divina siempre es vivida y realizada por hombres determinados, con sus limitaciones y sus pecados. De donde resulta que amarla es amar esa «realidad compleja», a la que debemos querer sinceramente, pero a la que nunca podremos ni deberemos amar totalmente, precisamente porque queremos amarla con toda sinceridad¹².

Tesis 3.^a

Amar a la Iglesia es amar a los creyentes y a los hombres a los que los creyentes deben servir. Esta tesis se basa en un principio fundamental: la Iglesia es esencialmente un pueblo o comunidad de personas. En ese sentido, el Concilio Vaticano II ha dicho que «la congregación de todos los creyentes que

(10) En este sentido puede verse, por ejemplo, Y. CONGAR, *Vraie et fausse réforme dans l'Eglise*, París 1950, 103-106. Desde un punto de vista distinto, ha tratado el problema de lo reformable e irreformable en la Iglesia, K. RAHNER, *Grundsätzliche Bemerkungen zum Thema: Wandelbares und Unwandelbares in der Kirche*, en *Schriften zur Theologie*, band X, Zürich, Einsiedeln, Köln 1972, 241-261.

(11) LG 8, 1.

(12) Precisamente porque las cosas son así en la Iglesia, por eso en ella es necesaria la tolerancia y la libertad. Sobre este aspecto del problema, ha escrito acertadamente K. RAHNER, *Tolerancia, libertad, manipulación*, Barcelona 1978.

miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios»¹³. Por lo tanto es una congregación o comunidad de personas. Y ese es precisamente el sentido que tiene el término *ekklesia*, tal como aparece en los escritos del Nuevo Testamento: una agrupación o asamblea de personas, de ciudadanos libres¹⁴.

Ahora bien, de este principio se deduce una consecuencia básica para nuestra manera de entender y vivir en ella, a saber: amarla no es amar cosas, sino *personas*. Y digo que se trata de una consecuencia básica porque, con relativa frecuencia, hay gente que cuando se habla de este amor, se refiere con eso a la estima, valoración y aprecio que se hace, no de las personas, sino de determinadas cosas, tales como la institución eclesiástica, su historia, su organización, su estilo, sus intereses o sus fines, sus verdades o sus preceptos. Pero entonces, cuando ese amor se entiende y se vive hacia esas «cosas», en realidad ni se entiende lo que es la Iglesia, ni se sabe exactamente lo que es el amor. Porque el dinamismo propio del amor, a todos los niveles, consiste en una fuerza de relación interpersonal. Es decir, el amor se refiere siempre a personas, de tal manera que cuando el hombre ama «algo» es por «alguien», quizás porque en la «cosa» amada se ama a sí mismo o a otra persona (o personas) a las que la cosa dice relación. Por eso, cuando en el Nuevo Testamento se habla de amor cristiano, ese amor se refiere siempre a personas, a Dios, a Jesucristo y a los hombres. Pero jamás se dice en el Nuevo Testamento que el creyente debe amar la Iglesia en el sentido de una cosa. Es más, el objeto del amor cristiano, en toda la revelación del Nuevo Testamento, no es nunca una «cosa», sino las personas¹⁵.

Tesis 4.^a

Amar a la Iglesia es amar a personas concretas y determinadas. Es decir, no se trata de amar al hombre o a la persona como idea universal y abstracta.

(13) LG 9, 3.

(14) Esto mismo se ve más claramente si se tienen en cuenta las razones por las que la comunidad primitiva se designó a sí misma con el término *Ekklesia* y no con la palabra *synagoga*. En esta elección influyó el hecho de que la sinagoga era el lugar, de la Ley, mientras que la comunidad cristiana se consideraba liberada de la Ley. Pero además de esa razón, influyó sin duda el hecho de que para la constitución de una sinagoga se requería, al menos, la participación de diez personas, mientras que la comunidad cristiana no se requería un número mínimo de personas. Para el sentido de *ekklesia*, cf. K. L. SCHMIDT: TWNT 3, 502-539. Para la comparación con la *synagoga*, cf. W. SCHRAGE, *Ekklesia und Synagoga*: ZThK 60 (1963) 178-202.

(15) De la amplísima documentación del N.T. sobre el *agape*, sólo en ocho textos el amor tiene por objeto una realidad distinta de la persona propiamente tal. Pero de esos ocho casos hay que descartar los textos en que ciertamente no se refiere al amor cristiano: Lc 11, 43; Jn 3, 19; 12, 43; 2 Tim 4, 8. 10. Parece que sólo en 2 Tes 2, 10 se habla del amor cristiano referido a algo (el amor a la verdad) que directamente no dice relación a una persona. Pero incluso en ese caso se puede hablar de una referencia indirecta a las personas, ya que se trata del amor a la revelación de Dios (cf. 2 Tes 2, 13-13), que es la comunicación de Dios al hombre.

Porque el hombre o la persona, en ese sentido de idea universal o de esencia metafísica, ya no es ni un hombre ni una persona, sino una «cosa» que nosotros elaboramos con nuestra cabeza. Por consiguiente, no se trata de amar al hombre que nos presenta la filosofía tradicional o la antropología cristiana o cualquier otra especulación, por más autorizada que se considere. Hombres no hay más que los que hay, es decir los hombres de carne y hueso que viven. Y me parece que resulta hasta ridículo tener que decir estas cosas. Pero es que, a veces, los estudiosos son gente tan particular que se llegan a persuadir de que las cosas que ellos elaboran en sus cenáculos librescos son las únicas cosas reales, más reales que lo que de hecho existe, hasta el punto de que si alguien les lleva la contraria lo miran como si fuera un excéntrico o un indocumentado.

Tesis 5.^a

No ama a la Iglesia el que, en la práctica, antepone el bien de las cosas al bien de las personas. Esta tesis es la consecuencia obvia que se desprende de las dos tesis anteriores. Por otra parte, es de suma importancia dejar bien claro que aquí estamos tocando una cuestión esencial para la vida de la Iglesia. Porque como es bien conocido, las instituciones se ven sometidas muchas veces a procesos patológicos que llevan a sus miembros a anteponer el bien de la institución al bien de los miembros de la institución o de las personas a las que la institución debe servir. En efecto, la «patología social» de las instituciones es un fenómeno suficientemente conocido y estudiado en nuestros días. Ese fenómeno se puede describir diciendo que toda organización se ve constantemente amenazada de confundir, en la práctica, los *intereses* de la institución con los *finés* para los que ha sido creada esa institución. Y no sólo de confundir los intereses con los fines, sino incluso de anteponer los intereses a los fines. Dicho de otra manera: las instituciones, creadas para ponerse al servicio de una comunidad, pueden verse arrastradas a un comportamiento irracional por fuerzas de cuya presencia apenas son conscientes los responsables de dichas instituciones. Una institución es siempre vulnerable: puede apartarse del servicio de la comunidad de personas (que es el fin para el que fue creada) y considerarse como fin en sí misma. Las sociedades son vulnerables a un tipo de conducta que no es determinado tanto por elecciones conscientes cuanto por fuerzas ocultas a la institución¹⁶. En este sentido, se ha dicho con toda razón que las organizaciones son unidades sociales que persiguen fines específicos; su verdadera razón de ser está en conseguir tales fines. Pero, una vez formadas, las organizaciones adquieren necesidades propias, y éstas se constituyen a veces en las dueñas de la situación. Eso es lo que pasa, por ejemplo, cuando una fundación gasta más dinero en pagar a su personal diri-

(16) Cf. G. BAUM, *¿Podemos creer en la Iglesia hoy?*, Madrid 1971, 82.

gente, sus construcciones y su publicidad que en hacer la caridad, fin para el que la organización fue montada y para el que se recaudan los fondos¹⁷.

Por otra parte, este proceso patológico se da también, con relativa frecuencia, en las instituciones religiosas. Y la Iglesia, por desgracia, no es una excepción en este sentido. Por eso hay miembros de ella que, entre otras cosas, por defender los intereses de la institución eclesiástica, no dudan en marginar de hecho o incluso contradecir los fines de la misma institución. Y entonces, lo que suele pasar es que, por salvar determinadas cosas, no se duda en marginar a las *personas* o en hacerles sufrir todo lo que haga falta, con tal que la institución o las cosas de la institución queden a salvo. Los ejemplos concretos en este sentido abundan por todas partes, invocando casi siempre el amor a ella, cuando en realidad se la está atropellando. Porque –hay que repetirlo una vez más– la Iglesia no es un conjunto de cosas, sino una comunidad de personas.

Tesis 6.^a

La medida del verdadero amor a la Iglesia es la medida del amor que prefiere y privilegia a las personas que prefirió y privilegió Jesús. Es decir, no se trata solamente de amar a las personas, sino además de amarlas según el orden de preferencias y prioridades que observó Jesús de Nazaret. Porque la vida y los comportamientos de Jesús tienen para la comunidad eclesial un valor normativo. Lo cual quiere decir que la Iglesia es más ella misma en la medida en que se ajusta cabalmente a lo que fue la vida y el comportamiento de Jesús el Mesías. Por lo tanto, se la ama tanto más cuanto más se ama y se quiere que ella se comporte como se comportó Jesús. Y también, cuanto más se ama y se quiere a quienes más quiso el mismo Jesús.

Por otra parte, sabemos que Jesús prefirió decididamente a los pobres, a la gente sencilla, a los marginados sociales, a los que sufren cualquier forma de opresión y esclavitud, a los niños y personas sin importancia. Jesús se puso de parte de toda esa gente (Lc. 4, 18-21), hasta el punto de decir que su solidaridad con ese tipo de personas es el signo distintivo de la presencia salvadora y liberadora del Mesías (Mt. 11, 2-7). Además, sabemos también que Jesús no dió muestras de intentar, a cualquier precio, estar con todos los grupos y tendencias que de hecho había en la sociedad de su tiempo. Jesús no pretendió estar con todos, ni en realidad estuvo con todos. Por el contrario, él actuó de tal manera y habló de forma que inevitablemente terminó sufriendo

(17) Cf. A. ETZIONI, *Les organisations modernes*, Gembloux 1971, 17.

el enfrentamiento mortal con los dirigentes religiosos y políticos, la calumnia, y la persecución de la gente mejor instalada en la sociedad de entonces.

La conducta de Jesús es normativa para la Iglesia. Y ésta es más ella misma en la medida en que se asemeja más a esa conducta. Por consiguiente, amar a la Iglesia es trabajar afanosamente para que, no sólo los creyentes individualmente, sino además la institución eclesial en su conjunto ame y prefiera a las personas que prefirió Jesús. Por lo tanto, amarla es hacer todo lo posible para que abandone la ilusoria pretensión de estar con todos. Amarla es forzarla a que se ponga de parte de los que prefirió y privilegió Jesús, con la inevitable dosis de enfrentamientos y conflictos que eso suele acarrear incluso en el terreno de lo social y de lo político. Y porque sólo desde este planteamiento es posible el amor a la Iglesia, por eso la medida del verdadero amor es la medida del amor que prefiere a los pobres y se pone de parte de ellos.

Tesis 7.^a

El amor a la Iglesia es posible cuando se supera la tentación del maniqueísmo. Aquí se trata de comprender que el amor a la Iglesia sólo es posible cuando se supera la tentación que consiste en querer separar a toda costa la luz de las tinieblas, el bien del mal. En efecto, como es bien sabido, la religión maniquea se caracteriza, entre otras cosas, por una ética muy exigente que obliga a sus adeptos a renunciar de manera tajante a todo lo que, según sus creencias, puede dañar e impurificar a la luz que hay en el hombre. Por eso, el maniqueo observante se impone renuncias tales como la privación de comer carne, beber vino, poseer bienes y, desde luego, toda relación sexual¹⁸. Evidentemente, una religiosidad de este tipo es para pocas personas. Por eso, la «iglesia maniquea» se divide en dos clases: los escogidos o perfectos, por una parte, y los oyentes, por otra, a quienes se permiten ciertas concesiones, estando obligados solamente a guardar los diez mandamientos¹⁹.

Ahora bien, no cabe duda que una religión de este tipo puede representar una verdadera tentación para determinados espíritus dentro del cristianismo y más en concreto dentro de la Iglesia católica. Porque es un hecho que la tendencia a dividir a la gente en buenos y malos es una especie de instinto tan arraigado en nuestra cultura que desde los chiquillos que juegan a policías

(18) Para una información sobre las tres clases de renuncias que se impone el maniqueo, cf. R. HAARDT, en *Sacramentum Mundi*, vol. IV, Barcelona 1973, 417-425, con bibliografía selecta.

(19) Debe tenerse en cuenta que el maniqueísmo es la religión que representa la fase final de la gnosis. Ahora bien, en las corrientes gnósticas se destacaba fuertemente la tendencia a segregar un grupo de selectos, que se diferenciaban netamente de la gran masa indiscriminada. Puede verse sobre este punto la excelente monografía de H. JONAS, *Gnosis und spätantiker Geist*, band I, Göttingen 1964 (3.^a Ed.).

y ladrones hasta los espectadores que en cualquier film preguntan quiénes son los buenos y quiénes los malos, parece como si el común de los mortales estuviera connaturalmente inclinado a establecer estas divisiones tajantes. Lo cual se agrava cuando se trata del problema religioso, ya que toda religión es, de una manera o de otra, un grupo normativo que establece divisiones más o menos tajantes entre el bien y el mal. Por eso se comprende que en la historia del cristianismo se hayan presentado con frecuencia grupos y movimientos de inspiración maniquea, que pretendían hacer de la Iglesia el grupo de los «puros» y los «auténticos», expulsando a los demás a las tinieblas exteriores.

En nuestros días la historia se repite, tanto por la derecha como por la izquierda, es decir en no pocos grupos radicalizados, que pretenden identificarse con la «iglesia auténtica» que ellos se imaginan y que cuadra con sus propias tendencias, mientras adoptan una postura de rechazo o de enfrentamiento ante los demás. Pero entonces, ¿qué es lo que ocurre? Sencillamente, que no se ama a *la* Iglesia, sino a *mi* iglesia. Porque, en definitiva, no se ama a la vida y a los hombres con toda su complejidad, sino que cada uno se quiere a sí mismo, al presentar y programar en un determinado modelo lo que no es sino la proyección de sus propios intereses y deseos. En consecuencia, se puede afirmar sin lugar a duda que el verdadero amor a ella lleva consigo necesariamente la gran dosis de tolerancia y paciencia que Jesús describe en la parábola de la cizaña (Mt. 13, 24-30).

Tesis 8.^a

El amor a la Iglesia ha de empezar siempre por aceptar la encarnación de Dios en Cristo. Es decir, se trata de comprender, ante todo, que Dios ha querido hacerse presente en la historia humana precisamente en un hombre de nuestra condición limitada. Se trata de comprender, en segundo lugar, que por eso exactamente Jesús el Mesías fue y será siempre motivo de sorpresa y hasta de escándalo, porque a muchos hombres no les cabe en la cabeza que Dios se pueda hacer presente en lo limitado y en lo despreciable, en lo débil y en lo plebeyo (cf. 1 Cor 1, 18-25). Y se trata de comprender, en tercer lugar, que la Iglesia prolonga en la historia de los hombres esta sorprendente presencia de Dios con nosotros, precisamente a través de la mediación de lo débil y lo despreciable, de lo insignificante y hasta lo escandaloso. Precisamente en ese sentido, el Concilio Vaticano II hace referencia explícita a la profunda semejanza que existe entre el hecho misterioso que es Cristo, por una parte, y el hecho también misterioso que es la Iglesia, con sus inevitables limitaciones²⁰.

(20) LG 8, 4.

Por lo demás, al decir estas cosas, no se trata de «canonizar» todo lo malo que hay en ella. Se trata, más bien, de comprender que la comunidad eclesial será siempre motivo de extrañeza, para unos, y de escándalo, para otros. Y es precisamente a esta Iglesia, así limitada y pecadora, a la que aceptamos gozosamente, no para que sea siempre así, sino para que a partir de su condición pecadora, se esfuerce cada día más en su fidelidad al Evangelio de Cristo.

Tesis 9.ª

El amor a la Iglesia consiste en la puesta en práctica de una doble fidelidad: la fidelidad al Evangelio, ante todo, y desde ahí la fidelidad a la Iglesia que hoy existe. Esta tesis tiene su razón de ser en un hecho: la Iglesia no es el mensaje del Señor, sino que está al servicio de ese mensaje. Lo cual lleva consigo obviamente que siempre debe haber una graduación de fidelidades en la conciencia y en la vida de los creyentes: primero y ante todo la fidelidad al mensaje revelado; segundo y en subordinación a la primera, la otra gran fidelidad del creyente, que es su fidelidad a ella. Por otra parte, eso quiere decir que no se trata de interpretar el mensaje revelado desde la situación de la comunidad, sino de interpretar la situación eclesial y a la Iglesia misma desde el mensaje del Señor. O dicho de otra manera, no se trata de intentar «someter» el Evangelio a lo que es de hecho la Iglesia actual, por la sencilla razón de que ella no está por encima del Evangelio, sino exactamente todo lo contrario, como lo ha afirmado expresamente el Concilio Vaticano II y la teología católica²¹.

Por lo demás, en la práctica resultará con frecuencia inevitable que la doble fidelidad, antes apuntada, llevará al creyente a verse en situaciones de tensión y quizás también de conflicto, concretamente por causa de la distancia que de hecho existe entre ella y el Evangelio. Este tipo de tensiones y conflictos no se resuelven cristianamente desde el *amor eclesial* al Evangelio, sino al revés, desde el *amor evangélico* a la Iglesia. Y eso quiere decir que no la ama el que se calla ante sus limitaciones y defectos, sino el que intenta, en la medida de sus posibilidades, confrontarla con el Evangelio, para que sea el mensaje de Jesús y no los intereses humanos lo que determine y configure a los creyentes y a la institución eclesial. He aquí la postura fundamental desde la que únicamente es realmente posible el verdadero amor a ella.

Conclusión

El amor a la Iglesia no consiste esencialmente en obedecer al papa y a los obispos. Y menos aún consiste en tener un talante o una mentalidad tradicional,

(21) DV 10, 2.

conservadora o clerical. Tampoco consiste en desear y procurar su esplendor, su triunfo o su grandeza. Ninguno de éstos es el verdadero criterio evangélico que debe presidir el amor cristiano a la Iglesia. Y por la misma razón, tampoco es criterio cristiano de ese amor el talante progresista, el contestatario, el izquierdista o cosas por el estilo. No hay más amor válido a la Iglesia que el que brota de la fe en Jesús y busca, a todo precio, que la comunidad de los creyentes siga los mismos pasos que siguió Jesús de Nazaret.

José M. Castillo

COMUNIDADES CRISTIANAS DE ANDALUCÍA

QUEREMOS SER:

- Un plataforma para contarnos lo que vivimos, lo que creemos, lo que proyectamos.
- Un instrumento para la construcción de comunidades cristianas populares.
- Un cauce desde, y para, los grupos cristianos que buscamos una Iglesia fiel al Evangelio y al pueblo andaluz.

Intentamos que COMUNIDADES CRISTIANAS DE ANDALUCIA salga mensualmente.

Sólo lo conseguiremos, si contamos con vuestro apoyo, colaboración, difusión y crítica.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

NOMBRE

DIRECCION

POBLACION

Deseo suscribirme por un año a la revista
COMUNIDADES CRISTIANAS DE ANDALUCIA

Abono la suscripción por GIRO POSTAL, N.º
dirigido a COMUNIDADES CRISTIANAS DE ANDALUCIA

Apartado 561
GRANADA

SUSCRIPCION ANUAL: 300 ptas.
SUSCRIPCION DE APOYO: 500 ptas.